

buen fondo, de comer y de beber y no meterse con nadie, con un pacifismo tan marcado como para perderse la cuenta de los años que pasaban sin producirse un delito de sangre. Y los que se daban, como el de la tía Negrita misma, eran de gentes forasteras. Que por cierto la cosa no era para ponerle una calle y de hacerlo debería haberlo sido con una buena leyenda, al estilo de las de los telones que venían a la plaza relatando crímenes y vendiendo las coplas de los relatos. Hoy mismo, que nadie recuerda los hechos, aunque estén aludidos en esta obra tal como los presencié, podría tener caracteres novelescos de la más deslumbrante fantasía.

La observación somera de algunos hechos públicos nos demuestra el indiferentismo de la psicología alcazareña. El primero el gobierno paternal de Estrella durante tantos años, con su leche y su garrota, la leche alcazareña que no es ni mejor ni peor sino diferente y la garrota pastoril que lleva el ganado tranquilamente sin apartarse del camino, evitándole complicaciones de mala idea pero descargándosela en la grupa si se terciaba.

Otro hecho notable lo fueron las diversiones carnavalescas que no eran de la Pascua solamente, porque las caras se tizaron muchas veces durante el año con los culos de las sartenes en las tardes y noches de Santa Agueda, de Santa Polonia, San Marcos, San Antón y San Sebastián y algunos más. De no estar en el fondo del alma popular no hubieran podido aguantarse aquellos cuadros truculentos, muchas veces repugnantes, solanescos, de las tardes del Altozano con un regocijo ruidoso y una algazara general de toda la plaza rebosante de personal.

Otro hecho memorable son las elecciones. Alcázar no se casa con nadie y dificulta realizaciones con su criterio de que el que la ha pelado que la descañone. En Alcázar no había ningún cacique dominante pero había un partido republicano mayoritario, de solvencia moral y material irreprochables y se declara autónomo y lo es durante años para que nadie de fuera le induzca o le obligue a cumplir indicaciones que estén en desacuerdo con su honorabilidad austera y merme su prestigio en la localidad. Cualquiera día de las elecciones más enconadas, se juntaban en el casino los de todos los partidos comentando los incidentes habidos y condenándolos o justificándolos de común acuerdo, cuando en el resto de España habían ocurrido miles de tropelías y creándose divisiones insalvables.

El juego es otro hecho demostrativo de sus cualidades. Alcázar, pueblo pobre, sin apenas reservas, valido de la atracción que ejerce en la comarca, mantenía casi todo el año una ruleta grande y varias chirlatas con numerosas pandillas de renegados del trabajo. Todo el mundo confía más en el azar y en la suerte que en el esfuerzo propio y lo prefiere o se inclina más a ello. No es otra la razón de que la rifa de la feria llegara hasta la Pascua y que Quincito se convirtiera en personaje popular y aún admirado, como lo eran los bigardos manipuladores de las cartas. Y que un hombre de tan mal genio y tan impulsivo